

el hombre este conocimiento innato; pero al punto que se le da á conocer su razon, le incita la conciencia á que lo ame; y este efecto, sí que es innato.

»Por tanto no creo, amigo mio, que sea cosa imposible explicar por consecuencias de nuestra naturaleza el principio inmediato de la conciencia, aun sin dependencia de la razon. Mas que fuera imposible, no seria necesario; porque una vez que los que niegan este principio reconocido y admitido por todo el linaje humano no prueban que no exista, sino que se ciñen á afirmarlo; cuando afirmamos nosotros que existe, tanto fundamento como ellos tenemos, y además está de nuestra parte el testimonio interno y la voz de la conciencia, que da testimonio en favor de sí propia. Si nos deslumbran los primeros albores del juicio, y al principio confunden los objetos á nuestra vista, guardemos á que se vuelvan á abrir y se fortifiquen nuestros débiles ojos; y en breve tornaremos á ver estos mismos objetos con la luz de la razon, como nos los mostraba desde luego la naturaleza: ó mejor dicho, seamos mas sencillos y menos vanos; ciñámonos á los efectos primeros que hallamos dentro de nosotros, puesto que al cabo nos vuelve á ellos el estudio, cuando no nos ha descarriado.

»Conciencia, conciencia, divino instinto; inmortal voz del cielo; guía segura de un ser ignorante y flaco, pero inteligente y libre; infalible juez de lo bueno y lo malo, que haces al hombre semejante á Dios! Tú constituyes la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones; sin tí nada siento en mí que me encumbe sobre los brutos, como no sea el triste privilegio de descarriarme de errores en pos de un entendimiento sin reglas y de una razon sin principios.

»Gracias al cielo, que estamos ya libres de todo ese espantable aparato de filosofía; que podemos ser hombres sin ser doctos; no tendremos precision de gastar nuestra vida estudiando la moral, pues á menos costa hemos hallado guía mas seguro en el inmenso laberinto de opiniones humanas. No basta, empero, con que haya este guía, es preciso saber conocerle y seguirle. Si habla con los corazones de todos, ¿por qué hay tan pocos que le entiendan? ¡Ah! Porque nos habla la lengua de

la naturaleza, mientras que todo contribuye á que nos olvidemos de ella. Tímida y medrosa es la conciencia, se complace en la paz y el retiro; el mundo y el bullicio la asustan: las preocupaciones, de que la fingen hija, son sus mas crueles enemigos; huye ó se calla en su presencia; la estrepitosa voz de estas ahoga la suya, y estorba que sea oída; el fanatismo se atreve á desfigurarla y á dictar en su nombre el delito. A fuerza de verse despedida, al fin se hostiga; enmudece, y no nos responde: y despues de haberla despreciado largo tiempo, cuesta tanto llamarla como costó arrojarla.

»¡Cuántas veces me he fatigado en mis investigaciones con la frialdad que sentia en mí! ¡Cuántas veces me hicieron inaguantables mis primeras meditaciones el aburrimiento y la tristeza que sus ponzoñas sobre ellas vertian? Mi árido corazon se entregaba con tibio y desmayado celo al amor de la verdad. Decia yo: ¿Por qué me he de afanar en buscar lo que no existe? El bien moral es una patraña; no hay otra cosa buena que los deleites sensuales. ¡Oh! ¡Cuán difícil es recobrar el gusto de los deleites del ánimo, cuando una vez se ha perdido! ¡Y cuánto mas difícil adquirirle á quien nunca le ha tenido! Si existiese un hombre tan miserable, que en toda su vida nada hubiese hecho cuya memoria le dejase contento consigo mismo y satisfecho de haber vivido, seria incapaz este hombre de conocerse nunca; y no habiendo sentido la bondad que conviene á su naturaleza, permanecería malo por fuerza, y sería eternamente infeliz. ¿Creis, empero, que haya en todo el orbe un solo hombre tan depravado, que no haya abandonado nunca su corazon á la tentacion de obrar bien? Tan natural es y tan suave esta tentacion, que no es posible resistir siempre á ella, y la memoria del deleite que una vez ha causado basta para que nos acordemos de ella sin cesar. Por desdicha, al principio es penosa de satisfacer; se hallan mil razones para negarse á la inclinacion del corazon; le coarta una falsa prudencia en los linderos del yo humano; son necesarios mil esfuerzos de valor para atreverse á dejarlos atrás. Complacerse en obrar bien, es el premio de las buenas obras, pero que no se alcanza sin haberle antes mere-

cido. No hay cosa mas amable que la virtud; mas preciso es gozar de ella, para hallarlo así. Cuando queremos abrazarla, semejante al Proteo de la fábula, se reviste al principio de mil espantosas figuras, y solamente al fin se deja ver en la suya de aquellos que no la han soltado.

»Embatido sin cesar por mis naturales afectos que me hablaban en favor del interés comun, y mi razon que todo lo referia á mí, mi vida entera hubiera fluctuado en esta alternativa continua, obrando mal, amando lo bueno, y siempre contrario á mí mismo, si otras nuevas luces no hubieran iluminado mi corazon: si la verdad, que fijó mis opiniones, no hubiera tambien afianzado mi conducta y me hubiera puesto acorde conmigo. En vano queremos apoyar la virtud en sola la razon; ¿qué base sólida le podemos dar? Dicen que la virtud es el amor del orden. ¿Pero acaso puede mas conmigo y debe poder mas este amor que el de mi bienestar? Denme una razon clara y suficiente para que yo le prefiera á este. En realidad, su pretendido principio es un mero juego de vocablos; porque yo tambien digo que el vicio es el amor del orden, tomándole en otro sentido. Existe un orden moral en todas partes donde hay sentimiento é inteligencia. La diferencia consiste en que el bueno se coordina con referencia al todo, y el malo coordina el todo con referencia á él. Este se hace el centro de todas las cosas; el otro mide su rádio, y se queda en la circunferencia. Entonces está coordinado con referencia al centro comun, que es Dios, y con referencia á todos los círculos concéntricos, que son las criaturas. Si no existe la Divinidad, solo el malo discurre; el bueno es un insensato.

»¡Oh hijo mio!; Ojalá que sintais un dia de qué carga se encuentra uno aliviado, cuando despues de haber agotado la vanidad de las opiniones humanas, y probado lo amargo de las pasiones, halla por fin tan cerca de sí el camino de la sabiduría, el premio de los afanes de esta vida, y la fuente de la felicidad de que habia desesperado! Todas las obligaciones de la ley natural, borradas casi de mi corazon por la injusticia de los hombres, se retratan en él en nombre de la justicia eterna

que me las impone, y me las ve desempeñar. Ya solo siento en mí la obra y el instrumento del gran Ser que quiere el bien, que le hace, y que hará el mio por el concurso de mi voluntad con la suya, y el buen uso de mi libertad: me conformo con el orden que ha establecido, cierto de disfrutar yo un dia de este orden, y encontrar en él mi felicidad; ¿porque, qué felicidad hay mas dulce que sentirse coordinado en un sistema en que está bien todo? Acometido del dolor, le llevo con paciencia, pensando que es transitorio; y que viene de un cuerpo que no es mio. Si hago sin testimonio una buena accion, sé que es vista, y saco testimonio para la otra vida de mi conducta en esta. Cuando padezco una injusticia, digo: El justo Ser que todo lo gobierna sabrá indemnizarme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida me hacen mas tolerable la idea de la muerte; esos menos vínculos tendré que romper, cuando sea fuerza abandonarlo todo.

»¿Por qué está mi alma sujeta á mis sentidos, y encadenada á este cuerpo que la esclaviza y la premia? No lo sé: ¿me fueron comunicados acaso los juicios de Dios? Luego puedo formar sin temeridad modestas conjeturas. Si hubiera permanecido libre y puro el espíritu humano, ¿qué mérito contraeria en amar y seguir el orden que viesse establecido, y que ningun interés tuviese en perturbar? Ciertamente es que seria feliz; pero faltaria á su felicidad el mas alto grado, la gloria de la virtud y el buen testimonio de sí; seria semejante á los ángeles, y sin duda será mas que ellos el varon virtuoso. Unida el alma á un cuerpo mortal con vínculos no menos poderosos que incomprendibles, el afan de la conservacion de este cuerpo la excita á que todo lo refiera á él, y le da un interés contrario al orden general, que no obstante es capaz de ver y amar; entonces el buen uso de su libertad se torna juntamente en mérito y recompensa, y se labra una inalterable felicidad, peleando contra sus pasiones terrenales, y manteniéndose en su voluntad primera.

»Y si aun en este estado de abatimiento en que durante esta vida nos hallamos, son legítimas todas nuestras inclinaciones; si todos nuestros vicios provienen de

nosotros, ¿por qué nos quejamos de que somos dominados por ellos? ¿Por qué achacamos al autor de las cosas los males que nos hacemos nosotros, y los enemigos que contra nosotros armamos? ¡Ah! no extraguemos al hombre, y siempre será bueno sin dificultad; siempre feliz sin remordimientos. Los culpados que se creen forzados al delito son tan mentirosos como perversos: ¿cómo no ven que la flaqueza de que se quejan es obra de ellos mismos; que proviene su primera depravacion de su voluntad; que á fuerza de querer ceder á las tentaciones, al cabo les ceden en su despecho, y las hacen irresistibles? Sin duda que ya no pende de ellos el no ser malos y débiles; pero de ellos pendió no llegar á serlo. ¡Oh! ¡Cuán fácilmente permaneceríamos árbitros de nosotros y de nuestras pasiones, aun durante esta vida, si, cuando aun no están formados nuestros hábitos, y cuando se empieza á abrir el entendimiento, supiéramos ocuparle en los objetos que debe conocer para valuar los que no conoce; si quisiéramos sinceramente ilustrarnos, no para lucirnos á los ojos ajenos, sino para ser buenos y cuerdos segun nuestra naturaleza, para hacernos felices con el cumplimiento de nuestras obligaciones! Si nos parece fastidioso y árduo este estudio, consiste en que cuando pensamos en él, ya estamos extragados por el vicio, y abandonados ya á nuestras pasiones. Antes que conozcamos lo bueno y lo malo, ya hemos sentado nuestros juicios; y refiriéndolo todo luego á esta falsa medida, á nada le damos su justo valor.

»Una edad hay en que libre todavía el corazon, pero ardiente, inquieto, ansioso de la felicidad que no conoce, la busca con curiosa incertidumbre, y engañado por los sentidos se fija al fin en su vana imágen, y presume hallarla donde no reside. Sobrado tiempo han durado en mí estas ilusiones. ¡Ay! Que las he conocido muy tarde, y no he podido disiparlas totalmente, y durarán tanto como este cuerpo mortal que las causa. A lo menos en vano me seducen, ya no me engañan; las tengo en lo que son; las sigo despreciándolas; y lejos de mirar en ellas el objeto de mi felicidad, veo su rémora. Así aspiro al instante que libre de los grillos del cuerpo, sea yo sin contradiccion, sin particion y solo necesite

de mí para ser feliz; entre tanto, desde esta vida lo soy, porque estimo en poco todos sus males, porque la contemplo como ajena de mi ser, y porque de mí pende todo el bien que de ella puedo sacar.

»Para encumbrarme de antemano, en cuanto ser puede, á este estado de felicidad, de fuerza y libertad, me ejercito en las sublimes contemplaciones. Medito en el orden del universo; no para explicarle con sistemas vanos, sino para maravillarme de él sin cesar, para adorar al sábio autor que en él se hace sentir. Converso con él, embebo todas mis facultades en su divina esencia; me enternezco con sus beneficios, le bendigo por sus dádivas; pero no hago oracion. ¿Qué le habia de pedir? ¿Que por mí mudara el curso de las cosas, que obrara milagros en beneficio mio? No, este ruego temerario mas que escuchado mereceria ser castigado. Tampoco le pido el poder de obrar bien: ¿por qué le he de pedir lo que me ha dado? ¿No me ha dado la conciencia para amar lo bueno, la razon para conocerlo, la libertad para elegirlo? Si obro mal, no tengo disculpa; obro porque quiero: pedirle que mude mi voluntad, fuera pedirle lo que me pide él; fuera querer que hiciera él mi trabajo, y que cobrara yo el salario; no estar satisfecho con mi estado, fuera no querer ser hombre, querer otra cosa de lo que existe, querer el desórden y el mal. ¡Manantial de justicia y verdad, Dios clemente y bueno! Tal confianza tengo en tí, que el supremo deseo de mi corazon es que se cumpla tu voluntad. Uniendo con ella la mia, hago lo que haces tú, me conformo con tu bondad, y creo que gozo adelantada la suma felicidad que es su premio.

»Con una justa desconfianza de mí propio, la única cosa que le pido, ó mas bien que de su justicia aguardo, es que rectifique mi error si voy descaminado, y me es peligroso este error. Aunque de buena fé, no por eso me creo infalible: las opiniones mias, que mas ciertas me parecen, son acaso otras tantas falsedades: porque, ¿qué hombre no está adicto á las suyas? ¿Y cuántos están conformes en todo? La ilusion que me engaña viene de mí, él es el único que de ella puede sanarme. He hecho cuanto he podido por alcanzar á la verdad, pero

está muy alta su fuente: cuando me faltan las fuerzas para ir mas adelante, ¿en qué puedo ser culpado? A ella le toca acercarse.»

Habia hablado con vehemencia el buen sacerdote: estaba conmovido, y yo tambien lo estaba: me figuraba que oia al divino Orfeo cantar los primeros himnos, y enseñar á los hombres el culto de los dioses. Veia, no obstante, una multitud de objeciones que oponerle, y no le opuse ni una, porque eran menos sólidas que confusas, y porque la persuasion estaba en su favor. Al paso que me hablaba segun su conciencia, parecia que la mia me confirmaba cuanto él habia dicho.

«Lo que me acabais de exponer, le dije, mas nuevo me parece por lo que confesais no saber, que por lo que decís creer. Me parece encontrar en ello el teísmo ó la religion natural, que la afectacion de los cristianos confunde con el ateísmo ó la irreligion; doctrina que es la diametralmente opuesta. Pero en el actual estado de mi fé, tengo que subir mas bien que bajar para admitir vuestras opiniones, y encuentro que es difícil quedarse cabalmente en el punto en que estais, á no ser tan cuerdo como vos. Para ser á lo menos tan sincero, quiero consultar conmigo. El sentido interno es el que á ejemplo vuestro me debe guiar, y vos mismo me habeis enseñado que no es cosa de un momento el hacer que responda, cuando por largo espacio le hemos hecho enmudecer. Llevo en mi corazon vuestros razonamientos; es necesario que los medite. Si despues de haber pensado bien en ello, quedo tan convencido como vos, sereis mi postrer apóstol, y yo seré prosélito vuestro, hasta la muerte. Seguid, no obstante, instruyéndome: solo me habeis dicho la mitad de lo que debo saber. Habladme de la revelacion, de las escrituras, de esos dogmas oscuros por los cuales voy vagando desde mi niñez, sin poder concebirlos ni creerlos, y sin saber admitirlos ni desecharlos.»

«Sí, hijo mio, me respondió dándome un abrazo, acabaré de deciros lo que pienso; no quiero abriros á medias mi pecho: pero era necesario el deseo que me

manifestais para autorizarme á no guardaros reserva alguna. Hasta aquí nada os he dicho que no crea puede seros provechoso, y de que no esté yo íntimamente persuadido. Muy distinto es el exámen que me queda que hacer; solo descubro confusion, oscuridad, misterio, y camino con incertidumbre y desconfianza. Me determino temblando, y mas bien que mi dictámen os digomis dudas. Si fuera mas fijo vuestro sentir, titubearia en deciros el mio; mas en el estado en que os hallais, sacareis ventaja de pensar como yo (1). En cuanto á lo demás no atribuyais á mis palabras mas autoridad que la de la razon: no sé si voy errado. Difícil es que quien argumenta no tome alguna vez el estilo afirmativo; acordaos, sin embargo, de que aquí todas mis aseveraciones son meros motivos de dudar. Indagad vos mismo la verdad, que por mi parte solo os prometo buena fé.

»En mis palabras solo habeis visto la religion natural: extraño es que sea necesaria otra. ¿Por dónde he de venir yo en conocimiento de esta necesidad? ¿Cuál puede ser mi culpa en servir á Dios segun las luces que ha dado á mi entendimiento, y los afectos que inspira á mi corazon? ¿Qué pureza de moral, qué dogma provechoso para el hombre y que honre á su autor, puedo yo sacar de una doctrina positiva, que sin ella no pudiera sacar del buen uso de mis facultades? Mostradme lo que podamos añadir, para gloria de Dios, para bien de la sociedad, y para mi utilidad propia, á las obligaciones de la ley natural, y qué virtud derivareis de un culto nuevo, que no sea consecuencia del mio. Por la razon sola adquirimos las mas altas ideas de la Divinidad. Mirad el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior: ¿no lo ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro juicio? ¿Qué mas nos han de decir los hombres? Con sus revelaciones no hacen mas que envilecer á Dios, atribuyéndole pasiones humanas. Lejos de aclarar las nociones del gran Ser, veo que las complican los dogmas particulares; que lejos de ennoblecerlas, las envilecen; que á los incomprensibles misterios que le cercan, añaden

(1) Esto creo pudiera decirselo ahora al público el buen sacerdote.

ábsurdas contradicciones; que hacen soberbio, intolerante, cruel al hombre; que, en vez de cimentar la paz en la tierra, la talan á yerro y fuego. Me propongo averiguar para qué sirve todo esto, y no sé qué respuesta dar. Solo veo los delitos de los hombres y las miserias del linaje humano.

»Me dicen que era necesaria una revelacion para enseñar á los hombres de qué modo querria Dios ser servido; en prueba de ello consignan la diversidad de cultos estravagantes que han instituido, y no miran que esta misma diversidad proviene de la mania de las revelaciones. Así que les ocurrió á los pueblos hacer que hablara Dios, cada uno le hizo hablar á su manera, y decir lo que él quiso. Si solamente hubieran escuchado lo que dice Dios al corazon del hombre, nunca hubiera mas que una religion en la tierra.

»Era necesario un culto uniforme; sea en buen hora: pero tan importante era este punto, que fuese preciso todo el aparato de la potencia divina para establecerle? No confundamos la religion con el ceremonial de ella. El culto que pide Dios es el del corazon; y este, cuando es sincero, siempre es uniforme. Vanidad muy loca es figurarse que tanto interés tome Dios en la forma del vestido del sacerdote, en el órden de las palabras que pronuncia, en los ademanes que hace en el altar, y en todas sus genuflexiones. Amigo mio, empínate lo mas que puedas, siempre te quedarás al ras de la tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: esta es la obligacion de todas las religiones, de todos los paises, y de todos los hombres. En cuanto al culto exterior, si debe ser uniforme para el buen órden, ese es puramente asunto de policia, y no se necesita para eso revelacion.

»Al principio no hice todas estas reflexiones. Llevado de las preocupaciones de la educacion, y de aquel peligroso amor propio que siempre quiere poner al hombre mas alto que su esfera, no pudiendo encumbrar mis débiles conceptos hasta el gran Ser, me afanaba por bajarle hasta mí. Acercaba las relaciones infinitamente distantes que median entre su naturaleza y la mia: queria mas inmediatas comunicaciones, instrucciones

mas peculiares; y no contento con hacer que Dios se semejara al hombre, para ser yo privilegiado entre mis semejantes, queria luces sobrenaturales, un culto exclusivo, y que Dios me dijera lo que no habia dicho á otros, ó lo que otros no habian entendido como yo.

»Considerando que habia llegado al punto comun de donde salian todos los creyentes para llegar á un culto mas ilustrado; solo en los dogmas de la religion natural hallaba los elementos de toda religion. Contemplaba la diversidad de sectas que reinan en el mundo, y que se acusan mutuamente de error y mentira; preguntaba: *¿Cuál es la buena?* y me respondia cada uno: La mia; yo solo y mis partidarios pensamos bien; todos los demás van equivocados. *¿Y cómo sabeis que es buena vuestra secta?* Porque lo ha dicho Dios (1). *¿Y quién os dijo que lo habia dicho Dios?* Mi pastor que lo sabe. Me dice que crea esto, y lo creo; me asegura que todos los que dicen otra cosa que él mienten, y no los escucho.

»¿Con que no es una misma la verdad, pensaba yo, y lo que para mí es verdad puede ser mentira para otro? ¿Si es uno mismo el método del que sigue el camino recto y del que va descarriado, qué merito ó qué culpa mas tiene uno que otro? Siendo su eleccion efecto del caso, es una iniquidad imputársela; es recompensar ó castigar por haber nacido en tal ó cual pais. Atreverse á decir que nos juzga Dios de ese modo, es agraviar su justicia.

»O son buenas y agradables á Dios todas las religio-

(1) «Todos, dice un sacerdote bueno y cuerdo, dicen que la tienen y la creen (y todos usan esta jerga) no de los hombres ni de criatura alguna, sino de Dios. Mas, para decir la verdad, sin adular ni mentir en nada, todas vienen de manos y medios humanos; prueba de ello, el modo como se recibieron las religiones en el mundo y todavia las reciben cada dia los particulares, la nacion, el pais, el lugar de la religion; cada uno es de aquella que profesan donde nació y se crió: somos circuncisos, bautizados, judios, mahometanos, cristianos, antes que sepamos que somos hombres: la religion no es de nuestro arbitrio y elección; prueba tambien la vida y las costumbres que tan mal se avienen con la religion; y prueba que por ocasiones humanas y muy leves obramos contra el espíritu de nuestra religion.—CHARRON, *de la Sabiduria*, lib. II, cap. 3.º»

Muy presumible es que la sincera profesion de fé del virtuoso lectoral de Condon no hubiera sido muy diferente de la del presbitero saoyano.

nes, ó si hay una que él prescriba á los hombres, y los castigue porque no la conocen, ha dado indicios ciertos y manifiestos para que la distingan y conozcan por la única verdadera: estos indicios son de todos tiempos y de todo país, sensibles igualmente para todos los hombres, grandes y chicos, ignorantes y sabios, europeos, indios, africanos, salvajes. Si hubiera una religion en la tierra, fuera de la cual solo hubiese pena eterna, y si en un país cualquiera del mundo á un solo mortal de buena fé no le hubiera hecho impresion su evidencia, sería el Dios de esta religion el mas inicuo y el mas cruel de los tiranos.

»¿Indagamos sinceramente la verdad? Pues no atribuyamos nada al derecho del nacimiento ni á la autoridad de nuestros padres y pastores, pero sometamos al exámen de la conciencia y la razon todo cuanto nos enseñaron desde nuestra niñez. Vano es clamarme: «Sujeta tu razon,» pues lo mismo me puede decir el que me engañe; para sujetar mi razon necesito razones.

»Toda la teología que por mí propio puedo adquirir, con la contemplacion del universo y el buen uso de mis facultades, se ciñe á lo que antes os expliqué. Para saber mas, es preciso echar mano de medios extraordinarios. Estos no pueden ser la autoridad de los hombres; porque no siendo ningun hombre de distinta especie que yo, todo cuanto él naturalmente conoce, puedo yo conocerlo, y puede engañarse lo mismo que yo: cuando creo lo que él dice, no es porque lo dice, sino porque lo prueba. Así el testimonio de los hombres no es otro en realidad que el de mi razon misma, y nada añade á los medios naturales que Dios me ha dado para conocer la verdad.

»Apóstol de la verdad, ¿qué me teneis que decir que no pueda juzgarlo yo? Dios mismo ha hablado; escuchad su revelacion. Eso es otra cosa. Dios ha hablado; gran palabra es esa. ¿Y á quién ha hablado? A los hombres. ¿Pues cómo no he oido yo lo que ha dicho? Ha encargado á otros hombres que os repitiesen sus palabras. Ya entiendo; son hombres los que me van á referir lo que Dios ha dicho. Mas hubiera querido oírsele á Dios mismo; no le hubiera costado mas trabajo, y yo estaria

libre de engaño. Os preserva de él manifestando la mision de sus enviados. ¿Cómo así? Con milagros. ¿Y dónde están esos milagros? En los libros. ¿Y quién ha compuesto esos libros? Hombres. ¿Y quién ha visto esos milagros? Hombres que los aseguran. ¡Con qué siempre testimonios humanos! ¡Siempre hombres que me cuentan lo que han contado otros hombres! ¡Cuántos hombres entré Dios y yo! Veamos, no obstante, examinemos, comparemos, verifiquemos. ¡Oh! Si Dios se hubiera dignado dispensarme de todo este tráfigo, ¿le hubiera servido yo con menos buena voluntad?

»Contemplad, amigo mio, en qué horrible discusion me he metido; de cuán inmensa erudicion he menester para subir á las mas remotas antigüedades; para examinar, pesar, confrontar las profecias, las revelaciones, los sucesos, todos los monumentos de fé propuestos en todos los países del mundo; para señalar las épocas, los lugares, los autores, las ocasiones. ¡Cuán pura critica necesito para distinguir las piezas auténticas de las supuestas, para comparar las objeciones con las respuestas, las versiones con los originales, para decidir de la imparcialidad de los testigos, de su sano juicio, de sus luces; para saber si nada han suprimido, añadido, invertido, mudado ó falsificado; para remover las contradicciones que aun quedan; para fallar acerca del peso que debe tener el silencio de los contrarios en los hechos que contra ellos se alegan; si han conocido estas alegaciones; si han hecho de ellas el suficiente aprecio para responder; si eran tan comunes los libros, que fuesen á sus manos los nuestros; si hemos tenido la buena fé bastante para dejar correr entre nosotros los suyos, y que subsistiesen sus mas fuertes objeciones como ellos las habian hecho!

»Reconocidos por indudables todos estos monumentos, es necesario luego venir á las pruebas de la mision de sus autores; saber á fondo las leyes de las suertes, las probabilidades eventuales, para fallar qué prediccion se puede cumplir sin milagro; la índole de los idiomas originales, para distinguir lo que en estos idiomas es prediccion, de lo que solo es figura oratoria; qué sucesos se hallan en el orden de la naturaleza, y cuáles

salen de este orden; para decir hasta qué punto puede un hombre astuto fascinar los ojos de los ignorantes, y asombrar hasta las personas ilustradas; averiguar de qué especie ha de ser un portentoso, y qué autenticidad ha de tener, no solo para ser creído, sino para que merezca ser castigado quien de él dudare; comparar las pruebas de los falsos y verdaderos milagros, y hallar reglas ciertas para discernirlos; en fin, decir por qué escogió Dios, para comprobar su palabra, medios que tienen tanta necesidad de ser comprobados, como si se mofase de la credulidad de los hombres, y evitase á sabiendas los verdaderos medios de persuadirlos.

»Supongamos que se digne la majestad divina rebajarse lo bastante para hacer á un hombre órgano de sus voluntades; ¿es cosa racional y justa exigir que obedezca todo el género humano á la voz de este ministro, sin dársele á conocer por tal? ¿Es equitativo no darle otras credenciales que algunos signos particulares obrados á presencia de pocas personas oscuras, y que todos los demás hombres nunca sabrán de otro modo que por oídas? En todos los países del mundo, si se tuviesen por verdaderos los portentosos que la plebe y los crédulos dicen haber visto, sería cada secta la buena; habría mas portentosos que sucesos naturales; y el mayor de todos los milagros fuera que donde haya fanáticos perseguidos no hubiese milagros. El inalterable orden de la naturaleza es lo que mas patentiza la diestra sábia que la rige; si sucedieran frecuentes excepciones, no sabría qué decirme; y creo muy de veras en Dios para creer en milagros que son tan indignos de él.

»Si viene un hombre hablando de este modo: «Mortales, yo os anuncio la voluntad del Altísimo: á mi voz reconoced al que me envia; mando que el sol mude su curso, que las estrellas se coloquen de distinto modo, que los montes se bajen, que las ondas se levanten, que tome otro aspecto la tierra.» ¿Quién al instante no reconocería en estas maravillas al árbitro de la naturaleza? Esta no obedece á los impostores cuyos milagros se hacen en encrucijadas, en desiertos, en aposentos; y allí fascinan á su antojo un corto número de espectadores ya dispuestos á creerlo todo. ¿Quién se atreverá á

decirme cuántos testigos de vista son necesarios para que un portentoso sea fidedigno? Si vuestros milagros, destinados á probar vuestra doctrina, necesitan de pruebas, ¿para qué sirven? Lo mismo se adelantaba no haciéndolos.

»En fin, falta el exámen mas importante en la doctrina que se anuncia, porque como los que dicen que Dios hace milagros en la tierra pretenden que algunas veces los imita el diablo, con los portentosos mejor averiguados no estamos mas adelantados que antes; y una vez que, aun en presencia de Moisés, se atrevían los magos de Faraon á hacer los mismos signos que aquel hacia por orden expresa de Dios, ¿por qué en ausencia suya no habrían aspirado á la misma autoridad con los mismos títulos? Con que así, despues de haber probado la doctrina con el milagro, es preciso probar el milagro con la doctrina (1), para no atribuir la obra del demonio á obra de Dios. ¿Qué pensais de este circulo vicioso?

»Como esta doctrina viene de Dios, debe traer estampado el sagrado carácter de la Divinidad; no solo debe aclarar las ideas confusas que acerca de ella ha bosquejado el raciocinio en nuestra mente, sino que tambien debe proponernos un culto, una moral y máximas que

(1) Esto está dicho formalmente en mil pasajes de la Escritura, entre otros en el cap. 13 del Deuteronomio, donde dice que si un profeta que anuncie Dioses extraños confirma su mision con portentosos, y si se verifican sus predicciones, lejos de hacer aprecio de ello, debe dársele muerte al profeta. Asi cuando los paganos daban muerte á los apóstoles que les anunciaban un Dios extraño, y probaban con predicciones y milagros su mision, no veo qué objecion sólida les podian hacer, que no pudiesen ellos revolver inmediatamente contra nosotros. ¿Pues qué se ha de hacer en tal caso? Una sola cosa: volver al raciocinio, y dejar aparte los milagros. Mejor hubiera sido no echar mano de ellos. Esto lo dicta la sana razon mas sencilla, que solo á fuerza de distinciones, por lo menos muy sutiles, se oscurece. ¿Sutilezas en el cristianismo! ¿Con qué no tuvo razon Jesucristo en prometer á los simples el reino de los cielos; no tuvo razon en empezar el mas hermoso de sus razonamientos dando el parabien á los pobres de espíritu, si tanta riqueza de espíritu es necesaria para entender su doctrina, y aprender á creer en él? Cuando me hayais probado que me debo someter, irá bueno; pero para probarme, nivelao conmigo; adaptad vuestros argumentos á la capacidad de un pobre de espíritu; si no, desconozco en vos al verdadero discípulo de vuestro maestro, y no es su doctrina esa que me anunciáis.

convengan á los atributos por los que únicamente concebimos su esencia. De suerte, que si meramente nos enseñase cosas absurdas y disparatadas, si solo nos inspirase afectos de aversion á nuestros semejantes y de susto de nosotros mismos, si nos pintase un Dios airado, celoso, vengativo, parcial, rencoroso con los hombres, un Dios de guerra y de combates, dispuesto siempre á destruir y á fulminar, siempre hablando de tormentos, de penas, y que se alabase de castigar aun á los inocentes; este Dios terrible no atraeria mi corazon, y me guardaria de dejar la religion natural por abrazar la suya; porque bien veis que necesariamente habria que elegir. No es vuestro Dios el nuestro, dijera yo á sus sectarios. El que empieza escogiendo un pueblo solo, y proscribiendo lo demás del linaje humano, no es el padre comun de los hombres; el que destina al fuego eterno la mayor parte de sus criaturas, no es el Dios clemente y bueno que me ha manifestado mi razon.

»Esta, en cuanto á los dogmas, me dice que deben ser claros, luminosos, de una evidencia irresistible. La religion natural es insuficiente, por la oscuridad que deja en las altas verdades que nos enseña: á la revelacion toca enseñarnos estas verdades de un modo palpable para el espiritu humano, ponerlas á su nivel, hacer que las conciba para que las crea. Por el entendimiento se fortalece y afianza la fé; la mas clara es infaliblemente la mejor de todas las religiones: el que carga de misterios y contradicciones el culto que me predica, con eso mismo me enseña á que desconfie de él. El Dios que yo adoro, no es un Dios de tinieblas, ni me ha dotado de entendimiento para prohibirme que haga uso de él; decirme que sujete mi razon, es agraviar á su autor. Un ministro de la verdad no tiraniza la razon, sino que la alumbrá.

»Hemos dejado aparte toda autoridad humana, y sin esta no veo cómo puede convencer un hombre á otro cuando le predica una doctrina disparatada. Hagamos por un instante que se encuentren estos dos hombres, y averiguemos lo que se podrán decir con aquella aspereza de estilo tan general en ambos partidos.

## EL INSPIRADO.

La razon os enseña que el todo es mayor que la parte; pero yo os enseño, de parte de Dios, que la parte es mayor que el todo.

## EL ARGUMENTADOR.

¿Y quién sois vos para atreveros á decirme que Dios se contradice? ¿A quién he de creer mejor; al que me enseña por la razon las verdades eternas, ó á vos que de su parte me anunciáis un absurdo?

## EL INSPIRADO.

Á mí, porque mi instruccion es positiva; y voy á probaros de un modo indudable que él me envía.

## EL ARGUMENTADOR.

¡Cómo! ¿Me probareis que Dios es quien os envía á dar testimonio contra él? ¿De qué género han de ser vuestras pruebas para convencerme de que es mas cierto que me hable Dios por boca vuestra que por el entendimiento que me ha dado?

## EL INSPIRADO.

¡El entendimiento que os dado! ¡Hombre mezquino y vano! ¡Como si fueseis vos el primer impío que se descarria con su razon estragada por el pecado!

## EL ARGUMENTADOR.

Varon de Dios, tampoco fuerais vos el primer bellaco que en prueba de su mision presenta su arrogancia.

## EL INSPIRADO.

¡Qué! ¡Tambien dicen denuestos los filósofos!

## EL ARGUMENTADOR.

Algunas veces; cuando les dan ejemplo los santos.

## EL INSPIRADO.

¡Oh! Yo tengo derecho para decirlos, que hablo de parte de Dios.



EL ARGUMENTADOR.

Bueno fuera mostrar el título, antes de usar del privilegio.

EL INSPIRADO.

Mi título es auténtico; la tierra y los cielos testifican en mi favor. Seguid atentamente mis raciocinios.

EL ARGUMENTADOR.

¡Vuestros raciocinios! No mirais lo que decís. ¿Enseñarme que me engaña mi razón, no es refutar lo que me dijere en vuestro abono? El que recusa la razón ha de convencer sin valerse de ella; porque supongamos que con vuestros argumentos me convenceis, ¿cómo he de saber yo si no es mi razón estragada por el pecado, la que hace que me rinda á lo que decís? Por otra parte, ¿qué prueba, qué demostración podreis emplear nunca mas evidente que el axioma que ha de destruir? Tan creíble es que un buen silogismo sea una falsedad, como que la parte sea mayor que el todo.

EL INSPIRADO.

¡Qué diferencia! Mis pruebas no tienen réplica, pues son de un orden sobrenatural.

EL ARGUMENTADOR.

¡Sobrenatural! ¿Qué significa esa voz, que no la entiendo?

EL INSPIRADO.

Mutaciones en el orden de la naturaleza, profecías, milagros, todo género de portentos.

EL ARGUMENTADOR.

¡Portentos! ¡Milagros! Jamás ví nada de eso.

EL INSPIRADO.

Otros lo vieron por vos. Multitud de testigos... el testimonio de los pueblos...

EL ARGUMENTADOR.

¿El testimonio de los pueblos es de orden sobrenatural?

EL INSPIRADO.

No: pero cuando es unánime, es indisputable.

EL ARGUMENTADOR.

Nada hay mas indisputable que los principios de la razón, y no es posible comprobar un absurdo con el testimonio de hombres. Vuelvo á repetirlo: veamos esas pruebas sobrenaturales, porque el testimonio del género humano no lo es.

EL INSPIRADO.

¡Oh corazón empedernido! No os habla la gracia.

EL ARGUMENTADOR.

No es culpa mia, porque, según decís, es necesario haber recibido ya la gracia para saber pedirla. Habladme vos en vez de ella.

EL INSPIRADO.

¡Ah! Eso es lo que estoy haciendo, y no me escucháis. ¿Mas qué decís de las profecías?

EL ARGUMENTADOR.

Primeramente diré que así he oído profecías como visto milagros. Además digo que ninguna profecía forma autoridad para mí.

EL INSPIRADO.

¡Satélite de Lucifer! ¿Y por qué no forman autoridad las profecías para vos?

EL ARGUMENTADOR.

Porque, para que la formasen, serian necesarias tres cosas, cuyo concurso es imposible; que yo hubiese sido testigo de la profecía, que lo fuese del suceso, y

que estuviese demostrado que este no ha podido cuadrar casualmente con la profecía; porque aunque fuese esta mas determinada, mas clara, mas luminosa que un axioma de geometría, puesto que la claridad de una prediccion hecha á la ventura no hace imposible que se cumpla, cuando sucede este cumplimiento, en rigor nada prueba que favorezca al que le predijo.

»Ved á lo que se reducen vuestras pretendidas pruebas sobrenaturales, vuestros milagros y vuestras profecías. A creer todo esto sobre la palabra de otro, y á sujetar á la autoridad de los hombres la autoridad de Dios que habla á mi razon. Si pudieran recibir algun menoscabo las verdades eternas que concibe mi inteligencia, cesaria de haber para mí ningun género de certidumbre; y lejos de estar cierto de que me hablais de parte de Dios, ni siquiera estaria seguro de que Dios existe.

»Muchas dificultades son estas, hijo mio, y no lo he dicho todo. Entre tantas religiones diversas que recíprocamente se proscriben y se excluyen, una sola es la buena, si hay alguna que lo sea. Para reconocerla, no basta examinar una, es preciso examinarlas todas, que en ninguna materia debemos condenar sin oír (1); es preciso comparar las objeciones con las pruebas; saber lo que opone cada uno á los demás, y lo que responde. Cuanto mas demostrada nos parece una opinion, mas debemos indagar en qué se fundan tantos hombres para no hallar que lo esté. Muy sencillo ha de ser quien crea que basta oír á los doctores de su partido para instruirse en las razones del partido contrario. ¿Dónde hay teólogos que hagan gala de buena fé? ¿Dónde los que para rebatir las razones de sus contrarios, primero no

(1) Refiere Plutarco que los estóicos, entre otras paradojas extravagantes, sostenian que en un juicio contradictorio era inútil oír á ambas partes; porque, decian, ó ha probado el primero su derecho, ó no le ha probado: si le ha probado, todo se concluyó, y debe ser condenada la parte contraria; si no le ha probado, no lleva razon, y se le debe denegar su demanda. Pienso que el método de todos los que admiten una revelacion exclusiva se parece mucho al de estos estóicos. Puesto que pretende cada uno que solo él tiene razon para elegir entre tantos partidos, es necesario escucharlos á todos; de lo contrario, no es justo el que hace la eleccion.

las debiliten? Se luce cada uno en su partido; pero hay quien entre los suyos está muy ufano con sus pruebas, que haria un papel muy tonto entre las personas de otro partido. ¿Os quereis instruir en los libros? ¡Cuánta erudicion tendreis que adquirir, cuántas lenguas que aprender, cuántas bibliotecas que registrar, cuán inmensa lectura que hacer! ¿Quién me guiará para la eleccion? Con dificultad se hallarán en un país los mejores libros del partido contrario; con mas razon no se encontrarán los de todos los partidos; y aun cuando se hallasen, en breve los rebafirian. El ausente siempre sale cargado, y razones fútiles dichas con arrogancia eclipsan con facilidad las irrefutables que se exponen con desden. Además, por lo regular no hay cosa que mas engañe que los libros, ni que con menos fidelidad represente la idea de quien los ha escrito. Cuando habeis querido juzgar de la fé católica por el libro de Bossuet, os habeis hallado muy desviado de vuestra idea, despues de haber vivido con nosotros. Habeis visto que la doctrina con que se responde á los protestantes no es la que se enseña al pueblo, y que no se parece el libro de Bossuet á las instituciones de nuestras pláticas. Para apreciar bien una religion, no se ha de estudiar en los libros de sus secuaces, es preciso ir á aprenderla al país, que es cosa muy distinta. Cada uno tiene sus tradiciones, su sentido, sus prácticas, sus preocupaciones, que forman el espíritu de su creencia, y que se ha de unir con ella para juzgar bien.

»¡Cuántos países populosos no imprimen sus libros ni leen los nuestros! ¿Cómo han de decidir de nuestras opiniones? ¿Cómo hemos de decidir nosotros de las suyas? Nos burlamos de ellos, y ellos nos desprecian: y si los ridiculizan nuestros viajeros, para pagárnoslo no les falta otra cosa que viajar por nuestros países. ¿En qué tierra no se hallan personas de juicio, de buena fé, de honradez, amantes de la verdad, que para abrazarla solo desean conocerla? No obstante, cada uno la halla en su culto, y cree absurdos los de las demás naciones: luego, ó estos cultos de países extraños no son tan extravagantes como nos parecen, ó la razon que en los nuestros encontramos nada prueba.